

Quinto día de Novena, Martes 5 de mayo

Una de las grandes verdades de la vida de Fe es que **la Paz no es ausencia de guerras**.

En María, en el Rocío no podemos esperar que no haya problemas. Lo que sí hemos de esperar es que donde haya odio ponga yo amor, donde haya rivalidad ponga yo unidad, donde haya enfrentamiento ponga reconciliación, donde haya pecado ponga el simpecado del Rocío.

Qué importante es ponerla a **ella siempre delante**, siempre abriendo puertas, siempre perdonando, siempre amando.

Es cierto, no puedo negarlo, se han escritos tantas letras de sevillanas cargadas con ironía, como las que se han podido escribir llenas de amor. De hecho, hasta el último sabe la existencia de rivalidades y enfrentamientos. Ayer mismo, más de uno se peleó con el del otro barrio solo porque la pelota de futbol entró en la portería equivocada para sus deseos.

Pero una cosa es **la rivalidad que nos haga crecer** y aspirar a ser mejores, y otra la rivalidad que solo busca hundir para que el mediocre brille más.

Hoy la primera lectura nos recuerda cómo “después de apedrear a Pedro, él siguió predicando en otras ciudades y anunciando las dificultades de vivir el evangelio con radicalidad”.

Hoy es un día de **aprender a conspirar**, y es que necesitamos trabajar “con el espíritu santo”. Aprender a construir un mundo mejor es sentarnos con nuestra madre a ver de qué forma logramos que nuestro hermano vaya por el camino que Ella quiere.

Se me hace imprescindible en todo esto aprender a justificar, Jesús está siempre justificando, una madre está siempre justificando. Y al hijo más torpe, aún más. Para ello necesitamos tener una **mirada desde las periferias**, esa que haga que no miremos todo desde nuestro ombligo del centro del universo, sino que aprendamos a ponernos así en el lugar del otro.

Con el Papa Francisco descubrimos la importancia de la **Sinodalidad...caminar juntos**. Y es que hacer sínodo es aprender a caminar y compartir camino y vida. Es aprender a que el camino de esta vida de fe lo hacemos todos, y nadie debería quedarse descolgado, al margen, o perdido.

En estos días de novena, una de las grandes cuestiones que nuestra Madre del Rocío quisiera es que aprendamos que si Ella no deja a ninguno detrás, nosotros tampoco deberíamos hacerlo. Que si ella perdona a todos, nosotros deberíamos ser dignos hijos suyos para perdonar como ella. Que si ella no lleva cuenta del mal que sufre, nosotros

deberíamos poner el foco en amar y dejar de lado todo rencor a favor de un amor sin límites.

Es inevitable que nos cansemos, somos una **sociedad cansada**, donde niños, adultos y ancianos están cansados demasiadas veces. Faltan sueños como veíamos ayer, faltan esperanzas, falta amor, falta regar esta planta para que tenga vida y la tenga en abundancia.

Este cansancio no es solo físico, es sobre todo interior. En estos días de camino, el cansancio físico nos derrotará. Desarmará interiormente el armazón de excusas y tibiezas, el escudo de aislamiento de las cosas del mundo, y nos presentará desnudos ante la verdad de lo que somos, ante nuestra fragilidad.

Creo que nos hace bien esta paliza del camino, porque en ella descubrimos a Jesús y cómo se mostró **vulnerable**, expuesto, entregado.

La verdad es que el mal existe, el dolor también, aprender a tocar la cruz es aprender a no perdernos en la vida.

Es la experiencia del mundo, del tráfico humano, de las cruces que existen y tocan a tantos. Es en este momento en que quiero recordar esa oración tan maravillosa que escribí en el segundo libro, y que Dios me regaló después de leer a Olaizola en otra de sus obras:

Oración del Hijo mío.

Hijo mío

que estas en la tierra

y me llamas por mi nombre

todo mi reino eres tú

y mi voluntad quererte.

Toma mi cuerpo cuando tengas hambre

y mi sangre para saciar tu sed.

No olvides que aquí estoy para levantarte.

Te quiere, tu Padre